

Fr. Francisco de Solís, Virrey de Aragón y Cataluña, y Fr. Juan de Vega, Virrey de Sicilia, con otros muchos insignes Religiosos Mercenarios, que ya presidieron el Consejo de Castilla, ya fueron embajadores en varias naciones de Europa, ya dirigieron la conciencia de esclarecidos Soberanos. Fueron Pastores de la cristiana grey centenares de hijos de la Merced de María; y para asemejarse á los inmortales Fundadores que recientemente les habían precedido, el Patriarca Seráfico y Domingo de Guzmán, la Institución de Pedro de Nolasco tuvo también sus Claras de Asís, y sus Catalinas de Sena; porque tuvo á Santa María de Cervellón, nacida en cuna de Príncipes, abogada en las borrascas del mar, consultada por sus superiores, bendecida de grandes y pequeños; tuvo á Santa Colagia, que poseyó el dón de lágrimas, y ejecutó innumerables prodigios; tuvo á Santa Natalia de Tolosa, y á aquella María Ana de Jesús, que pasaba las horas y las vigili-  
as entre las mortificaciones y los arrobamientos.

Mis amados hermanos: hoy la Orden de la Merced no tiene cautivos que rescatar ni en Argel, ni en Turquía, ni en las islas del Mar Mediterráneo: pero ella trabaja sin descanso para libertar las inteligencias y purificar los corazones por la sabiduría y el amor, que fué siempre la anhelada finalidad de la Iglesia Católica y de todas aquellas colectividades que servían bajo su magisterio y propagaban su doctrina. Nosotros tejimos una re-

seña brevísima de las Órdenes Monásticas hasta el siglo XIII, pero el Catolicismo no podía menos de continuar dando al mundo nuevas Instituciones Religiosas; y los últimos siglos han visto multiplicarse las Congregaciones destinadas á hacer las almas libres por la verdad, y perfectas por la virtud, en aquellos Clérigos de Cayetano de Tiena, que vivían, como las aves, bajo la égida de una Providencia sabia y omnipotente; en aquellos Barnabitas de San Pablo, que aspiraban á difundir sobre la tierra las virtudes que predicaba el Apóstol; en aquellos Oratorianos, que edificaron é instruyeron á las sociedades, desde Felipe de Neri hasta Guillermo Faber; en aquellos hijos de Ignacio de Loyola, que alumbraron las generaciones con la luz de su doctrina y con la unción de su palabra; en aquellos Hermanos de San Juan de Dios, que cuidan al enfermo que besan sus heridas, y son, á veces, ayudados por ángeles para cargar sobre sus hombros al desmayado ó al impedido (1); en aquellas Religiosas de la Visitación de María que han inculcado en la juventud tantas ideas salvadoras, y dieron tan arrebatadores ejemplos; en aquellas creaciones, por último, de

---

(1) En la iglesia del Hospital de la Caridad de Sevilla hay un precioso lienzo de Murillo, que representa á San Juan de Dios esforzándose en colocar un enfermo sobre sus espaldas; y al sentir el Santo que alguien le prestaba ayuda, vuelve su rostro, y mira con expresión inefable que su auxiliador es un ángel de los cielos.

Vicente de Paul que, desde el templo hasta los hospitales, en las misiones y en el campo de batalla, han sembrado la salud, han despertado la resignación y la fortaleza, han enjugado tantas lágrimas, han esparcido tantos deslumbradores destellos de paz y de sabiduría entre los espíritus inquietos y los corazones infortunados.

Sí, Señores: como esas almas privilegiadas en su respectiva esfera, los Religiosos de la Merced, recogidos en la soledad de sus claustros, estudiando en los volúmenes de sus bibliotecas, predicando en la Cátedra sagrada de las villas y aldeas, ó en las plazas de ciudades populosas, dan todavía, darán perpetuamente al individuo y á las sociedades el alimento que necesitan, es decir, la luz de la verdadera ciencia para confundir al incrédulo; los aromas de la caridad para desenmascarar á esos falsos apóstoles que fascinan á las multitudes con engañosas promesas, sin socorrerlas nunca, sin proponerse otro fin que servirse de ellas, como de una fuerza tan poderosa como temida, tan inconsciente como destructora. Y para alumbrar con más fulgor las inteligencias, para vigorizar y ennoblecer mejor los espíritus, aquellos laboriosos operarios del Evangelio se inspirarán donde se inspiraron siempre, se ampararán de un poder que toca con lo infinito, se encenderán en la inextinguible llama de la devoción de la Virgen María de las Mercedes; y llevando en sus labios tan adorable Nombre, extenderán las glorias

de la Madre de Dios, como las extendieron sus generadores en la fe, con aquellas actividades ardientes que coexistían, no obstante, con reposos celestiales, con aquellas místicas delicias que parecían anticipar los goces de la bienaventuranza.

Activa es, sin duda alguna, hermanos míos, y, más que activa, agitada y tumultuosa la propaganda del error y la impiedad en nuestra época; pero los hombres que tienen el triste valor de realizarla consúmense violenta y desesperadamente en el volcán de sus pasiones, y en el incendio que producen sus palabras de odio ó sus amenazas de muerte. ¡Oh qué diferencias tan esenciales, qué distancia tan inmensa, entre la actividad de los que evangelizan el bien, y la agitación dolorosa de los maestros del error y de la mentira! La actividad de los descreídos apóstoles de nuestros días no es sino el vértigo de la pasión, ó la seducción del interés y el afán de todas las concupiscencias. No; no imaginéis encontrar allí la actividad del alma que busca afanosa el conocimiento de lo verdadero y de lo justo, que adora á Dios y le ama, que sirve al hombre para procurar su dicha y para iluminar á sus hermanos. Esas febriles existencias son insensatez y locura, son tinieblas y sombras; y lejos, por tanto, de ser bienhechoras y útiles, son siempre perjudiciales y funestas. Nada hicieron esos seres por la gloria del Señor, por sus deberes para consigo mismos, ni por el amor á su prójimo: quizá, por el contrario

cuanto hicieron fué contra Dios, contra su prójimo y contra sí mismos. ¡Desgraciados de ellos! La justicia y la misericordia son los principales centros de la vida moral, y los que faltan á esas hermosas virtudes, faltan á Dios y á los hombres.

Vosotros sabéis bien, hermanos míos, cuán amargo y desconsolador es el estado de las actuales sociedades, y yo no sabría deciros qué espectáculo contrista y conmueve más fuertemente mi espíritu; si aquel mundo pagano, lleno de multitud de dioses, tan corrompido y abyecto, y aquellos cismas y herejías, que desgarraron tantas veces las entrañas de Madre de la Iglesia Católica, ó estos inconcebibles desvaríos de las sociedades modernas, que llegan hasta rechazar la idea de un Dios Personal, creador y conservador del universo. Sin duda que la idolatría, los sacrificios y hecatombes de las religiones gentiles nos admiran y espantan por sus absurdos ó por sus crueldades; sin duda que un Arrio, un Nestorio, un León Isáurico, un Focio, un Pedro de Bruis, un Wiclef, un Jerónimo de Praga, un Lutero, un Zuinglio y un Calvino, nos indignan y nos causan terror por sus apostasías, sus liviandades y sus devastaciones; pero la ausencia de todo culto, la mofa de todo rito, la negación de todo influjo sobrenatural en los destinos humanos, que es lo que constituye el peculiar carácter de los errores contemporáneos, no puede menos de traer, en más honda medida, el pasmo á nuestra mente, el des-

aliento á nuestro ánimo, el llanto á nuestros ojos; porque este descreimiento impío, á pesar de sus seducciones científicas y de sus calculados esfuerzos para mostrarse á la humanidad con pacíficas apariencias, amenaza sembrar muy pronto el continente europeo y todo país que sólo acepte nuestro progreso material y mecánico, de ruinas y de lágrimas.

¿Qué enseñanzas, si no, nos ofrecen los hombres de la filosofía incrédula? ¡Ah! Ellos viven cautivos de su vanidad, desvanecidos neciamente con las apoteosis de que son objeto, y hasta osaron sustituir su palabra á la palabra revelada, á la Palabra Eterna, que es el Verbo Divino. Para legitimar su audacia, para excusar su rebeldía, esos mentidos sabios niegan, según dijimos, á Dios; niegan, sobre todo, á Cristo y á su Iglesia: pero, por esto mismo, su palabra, que es palabra enteramente suya, siempre humana y falible, y casi siempre falaz y engañadora, va anublando por todas partes la verdad y enturbiando las fuentes de la vida. Sin duda que la verdad científica puede existir sin la fe sobrenatural y divina; pero aun esa verdad humana que está en la realidad de las cosas, y está, por tanto, de alguna manera en Dios y en su Verbo, sería de todo punto infecunda para la elevación moral del hombre, si se intentase separarla locamente del Principio de toda verdad, del Autor Supremo de todas las maravillas creadas.

No: esos sabios orgullosos, enemigos del Evan-

gelio y de la Iglesia, que guarda completas todas sus enseñanzas y todos sus misterios, no cultivan la ciencia para descubrir la verdad y dejarla libre en su vuelo, sino para esclavizarla en los delirios de su soberbia ó en el furioso hervor de sus pasiones. Escondiéndose á la clara luz de las espirituales alturas, apartándose del nacimiento cristalino de todo lo verdadero, de toda bondad y de toda belleza, ellos se pagan de la forma exclusivamente humana, trabajan con más ó menos fortuna en conocer lo meramente fenomenal de los mundos, y olvidan ó desdeñan todo cuanto puede conducir á Dios, cuanto puede ennoblecer las almas, y cuanto puede engrandecer los pueblos.

¿Y qué nos dice, á su vez, el Naturalismo moderno? ¡Ah! Toda alma religiosa, todo espíritu reposado, se sienten conmovidos al examinar las teorías que él establece acerca del mundo orgánico é inorgánico, acerca de la idea de Dios, de la inmortalidad, de la gracia y del libre arbitrio: teorías donde todo se resuelve en una materia eterna, en una fuerza ciega que imprime movimiento, en combinaciones químicas de donde nace la vida; siendo así que la materia, inerte de suyo, pronta lo mismo al movimiento que al reposo, ni reposa si se mueve, ni se mueve si reposa, sin un principio distinto de ella; y siendo así igualmente que el alma, y el pensamiento, y el raciocinio, tan nobles, tan elevados, tan sublimes, no pueden provenir de lo que es inconmensurable-

mente más imperfecto que ellos, sino de un Ser real y viviente, cuya voluntad suprema y cuya Sabiduría Infinita dignáronse poner sobre el hombre una chispa de su Imagen, de su Esencia y de sus Atributos.

¡Oh Dios mío! Yo me inclino extasiado ante la grandeza y hermosura del universo; pero es porque Tú lo creaste. Tú lo conservas y lo diriges. El mar, la tierra y el espacio me infundirían sin Ti sobresalto y pavor, por el peligro de sus fenómenos y por el fatalismo de sus leyes; mas con la seguridad de tu Providencia y con la inmutabilidad de tus decretos, ellos me atraen y suspenden mi ánimo, y hasta representan para mí las tres más grandes virtudes que pueden perfeccionar el alma; porque yo imagino que de la tierra surge mi fe, que el mar inmenso mantiene mi esperanza, que en el espacio se me convida con duraderos bienes y con amores sobrehumanos. ¡Ah, hermanos míos! Los sabios de la incredulidad, más presuntuosos que Newton, fingen no maravillarse de esas armonías de las cosas creadas que hacían exclamar así á aquel hombre inmortal: «Todo eso que miran nuestros ojos es la obra acabadísima de una Inteligencia Omnipotente.»

¿Y qué diremos, por último, de la ley moral, esa relación bienhechora entre la noción del bien y los actos humanos, ese grito de la conciencia universal y del sentido íntimo, ese freno de toda pasión que se extravía, esa derivación de una ley

natural que no cambia, ó ese precepto de una ley positiva, que sólo puede ser dada por el Señor de toda sabiduría y de toda justicia? ¡Ah! No podrá salir jamás una moral verdadera, una moral restauradora, de un Panteísmo para el que todo cuanto existe es Dios, de un Racionalismo que discute á Dios, de un Ateísmo que niega á Dios, de un Positivismo materialista que insulta á Dios; y por eso la moral de todas estas funestas escuelas y de estos inconcebibles errores no es, no puede ser la moral absoluta, que tiene la sanción divina; no es la moral cristiana, la moral católica, cuyo sólido fundamento está en una Inteligencia, una Voluntad y una Santidad Eternas; sino que es la moral vaga, insegura, variable, que los individuos y los pueblos se forman para sí, según las leyes de la fisiología, según las razas y los climas, y nunca según las leyes del espíritu y de las verdades reveladas. No, Señores; con las grandes ideas del orden moral no podrá suceder nunca lo que con las teorías de las ciencias naturales y físicas, que mutuamente se suceden y combaten, ganan, pierden, reconquistan y vuelven á perder sus fuerzas y su imperio: para fortuna nuestra y para bien de la humanidad, la ley moral descansa, pese al incrédulo y al impío, sobre una base indestructible; porque descansa en Dios, ó en aquellas instituciones y potestades que han recibido de Dios una autoridad legítima y los destellos de una Sabiduría infalible.

Ved, pues, hermanos míos, si en las actuales sociedades hay entendimientos aprisionados por el error, ó, más bien, si hay voluntades ganadas y seducidas por el tiránico imperio de un sensualismo corruptor y degradante que oscurece las luces del entendimiento del hombre, el cual ama por propia inclinación el bien y la ventura. Pues bien: para iluminar á esos seres, verdaderamente fascinados; para libertar á esos espíritus realmente cautivos, que unas veces nos inspiran indignación profunda, cuando hacen grosera befa y hablan con audaz sarcasmo de las verdades bíblicas, y otras nos mueven á compasión y lástima, cuando son naturalmente honestos; para alcanzar, digo, esas hermosas conversiones, estudia, trabaja, suspira, implora al Dios misericordioso el sacerdote católico, siempre sediento de la gloria de Dios, de la dilatación de la Iglesia de Jesucristo, del amor y del culto de la Virgen María; ávido, apasionado en toda ocasión y en todo momento de conquistar almas para la verdad y el bien, de procurar el bienestar y el mejoramiento de la sociedad cristiana, de la humanidad entera.

Vamos ya á resumir el presente Discurso. Si el hombre no hubiera tenido en las esferas de la Religión otra cosa que un Dios de Majestad terrible que ordenara los sacrificios sangrientos, que se complaciera en todas las manifestaciones imponentes del poder, de la fuerza, de la expiación y del castigo, habría sucumbido, á no dudarlo, bajo